

## **Contingencia y fetichismo. Variaciones en torno a Marx, Keynes y Polanyi<sup>1</sup>**

Por Luis Blaum y Saúl Keifman<sup>2</sup>

Palabras clave: determinación, contingencia, mercado autorregulado, fetichismo, economía política

“La Naturaleza es de derecha”  
Simone de Beauvoir

La frase del epígrafe ilustra una percepción generalizada (aunque probablemente incorrecta) acerca del carácter dado, determinado, y por lo tanto, conservador, de la Naturaleza. De hecho, cuando se advierte contra la “naturalización” de ciertos fenómenos sociales, tales como la pobreza masiva, se postula que no tiene nada de fatal y que terminar con ella, depende de la sociedad.

Cuando pensamos en contingencia, la oponemos a lo unívocamente determinado y, en consecuencia, a lo “natural”. Sin embargo, no identificamos lo contingente con lo aleatorio (entendido como un continuo posible), sino con un conjunto finito de resultados posibles. Cualquier cosa no es posible, pero hay más de un mundo posible. En términos formales, podríamos decir que dado el conjunto de condiciones iniciales, habrá equilibrios múltiples. Vale la pena señalar que el resultado general de la teoría del equilibrio walrasiano es precisamente ése (Mas-Collel, Green y Whinston, 1995). En términos matemáticos, la oposición entre determinado (“natural”) y contingente es análoga a la que existe entre función y correspondencia; en una relación funcional, cada elemento del dominio tiene una sola imagen, mientras que en una correspondencia, cada elemento del dominio puede tener más de una imagen.

La visión determinista enfatiza la existencia de leyes universales. Esto es típico de la física clásica, por ejemplo, la ley de la gravedad y también de cierta concepción de la biología. En particular, las llamadas leyes de la evolución parecen responder a esta concepción. Sin embargo, Dupré (2006), a la vez que defiende la teoría de la evolución, advierte que “es poco probable que puedan formularse leyes evolutivas” (p. 53). No obstante, la concepción decimonónica de que existían leyes evolutivas<sup>3</sup> influyó poderosamente en el pensamiento de las ciencias sociales llevando a la búsqueda homológica de leyes de la historia en algunos, al “darwinismo social” en otros, y a distintos determinismos biológicos como las teorías de la supremacía racial, o las que

---

<sup>1</sup> La presente ponencia es un primer informe de avance sobre la exploración de estos temas por parte de sus autores. Ponencia presentada durante las I Jornadas de Estudios Sociales de la Economía co-organizadas por el CESE del IDAES y el NUCeC del Museu Nacional de la UFRJ, julio de 2006.

<sup>2</sup> Saúl Keifman es licenciado en Economía (UBA), Ph.D. Economics, University of California, Berkeley; docente del IDAES/UNSAM. Luis Blaum es profesor Titular de Economía de la Moneda, el Crédito y los Bancos en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, secretario Académico del Centro de Investigación y Docencia en Economía para el Desarrollo.

<sup>3</sup> A su vez, la teoría de la selección natural de Darwin se inspiró en la teoría de la población de Malthus.

priorizan lo heredado versus lo adquirido que, curiosamente se vuelven a poner de moda en las últimas décadas del siglo XX.<sup>4</sup>

El determinismo aparece en los relatos extremos del espectro ideológico. Es bastante claro en el discurso neoliberal, el llamado “pensamiento único” que proclama el triunfo final del mercado y la propiedad privada como las instituciones que permiten la realización del potencial económico de la humanidad. Por ejemplo, en la obra de Douglass North<sup>5</sup>, aquellas innovaciones institucionales aparecen como el factor clave de la inigualada prosperidad de Occidente iniciada con la Revolución Industrial. En particular, la enorme aceleración de la innovación tecnológica de los últimos dos siglos, se explicaría fundamentalmente por los mejores incentivos ofrecidos por la gran mejora en la especificación y protección de los derechos de propiedad, en la creciente eficiencia y expansión de los mercados, y en la caída de los costos de transacción (North, 1981, pp. 166-167). Donde mejor se veía la interacción entre los costos de transacción y el cambio técnico sería en la evolución de la organización económica de la industria manufacturera, desde el artesanado al *putting-out system* y, finalmente, hasta el sistema de fábrica. Este proceso sería la respuesta al crecimiento del tamaño del mercado y los concomitantes problemas del control de la calidad. La centralización del lugar de trabajo y la supervisión directa habrían reducido el costo del diseño de las innovaciones técnicas al realizar los distintas etapas de la producción (pp. 167-169). North (1981, p. 38) defiende la superioridad técnica de la estructura disciplinaria jerárquica de la fábrica en base al supuesto del “diseño eficiente” que toma prestado de cierta corriente interpretativa de la biología evolutiva: si triunfó es porque era más eficiente que las estructuras de firmas no autoritarias como las cooperativas de trabajo. Para una crítica al supuesto del “diseño eficiente” véase Bowles (2004, capítulos 2 y 10)<sup>6</sup>. Más adelante expondremos la crítica específica de Marglin (1974) a la supuesta superioridad técnica de la división capitalista del trabajo típica de la fábrica.

Entendemos que los marxistas, ubicados en las antípodas ideológicas del neoliberalismo, también suelen caer en una visión determinista. Tal visión encuentra sustento en un conocido conjunto de hipótesis de trabajo que Marx formula en el Prólogo a la Contribución (1859) que han sido usualmente interpretadas como la formulación de las leyes de la historia y de una topología de lo social, que parafrasearemos a continuación. Las relaciones de producción en las cuales los hombres se ven involuntariamente involucrados corresponden a una determinada fase del desarrollo de las fuerzas productivas. El conjunto de las relaciones de producción constituyen la estructura económica, la base real sobre la cual se eleva la superestructura (*Überbau*) jurídica y política de la sociedad, a la cual le corresponden ciertas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política y espiritual en general. En cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas se ven trabadas por las relaciones de producción existentes o por su expresión jurídica, las relaciones de propiedad, abriéndose así una época de revolución

---

<sup>4</sup> Por ejemplo, Dawkins (XXXX) y Herrnstein y Murray (1994), pero también Pinker (200X).

<sup>5</sup> Ganador junto con Robert Fogel, del Premio Nobel de Economía en 1993 por sus contribuciones a la historia económica.

<sup>6</sup> Un importante contraejemplo al supuesto del “diseño eficiente” fue proporcionado por la investigación de Robert Fogel y Stanley Engerman (1974) sobre la esclavitud en las plantaciones del Sur de Estados Unidos, en la cual prueban la alta eficiencia y productividad de las mismas comparadas con las no operadas por esclavos. Los autores concluyen que la abolición de la esclavitud debe explicarse desde la política, no desde la economía.

social. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben en ella, ni jamás aparecen nuevas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en la sociedad antigua. La humanidad se propone únicamente los objetivos que puede alcanzar. La formación económica de la sociedad ha atravesado por distintas épocas: el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Este último ha creado las condiciones materiales para la solución de los antagonismos sociales, lo que cerrará así la prehistoria de la humanidad.

No realizaremos un análisis de un texto tan influyente y rico como el que resumimos en el párrafo anterior. Por ahora sólo señalaremos la recepción determinista del mismo. Un ejemplo representativo es la interpretación de Gerard Cohen (1978) sobre la teoría marxiana de la historia, que enfatiza la primacía de las fuerzas productivas. Cohen va aún más lejos proponiendo que las explicaciones marxianas son funcionalistas. Esta interpretación convierte al desarrollo de las fuerzas productivas en el demiurgo de la historia.

En contraste, encontramos textos de Marx que favorecen una interpretación distinta donde la primacía, si tuviéramos que establecer alguna, está en la lucha de clases, en la actividad deliberada de los seres humanos, que en nuestra opinión apuntan hacia la contingencia. Un ejemplo conocido es la famosa frase del Manifiesto Comunista: “Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases”. Otro ejemplo aparece en el 18 Brumario: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” (Marx, cap. 1, 18 Brumario de Luis Bonaparte, 1852).

En el “Proyecto de respuesta a V. I. Zasúlich”, de 1881, Marx interviene en las discusiones de los populistas rusos aceptando de buena gana que la comuna rural rusa no estaba fatalmente destinada a ser reemplazada por la propiedad privada. Explícitamente reconoce que el análisis de El Capital sobre la expropiación de los campesinos se refiere exclusivamente a la experiencia de Europa Occidental y no pretende ser una “ley general”. Esta idea es retomada por el marxista peruano José Carlos Mariátegui quien en su ensayo “El problema de la tierra” propone una solución basada en la conservación de la comuna rural indígena, el *ayllu* (1969).

Algunos ejemplos de autores marxistas que han enfatizado la contingencia son el historiador Robert Brenner (XXXX) quien le da primacía al papel de la lucha de clases en su relato del surgimiento del capitalismo, los economistas estadounidenses que proponen el enfoque de las “estructuras sociales de acumulación” para entender las transformaciones institucionales del capitalismo que ellos asocian a las ondas largas<sup>7</sup>, y Stephen Marglin (1974) quien ha realizado una crítica clásica y demoledora a la hipótesis que se remonta a Adam Smith sobre la superioridad técnica de la división de tareas que se inicia con el *putting-out system*, y se profundiza con la división jerárquica del trabajo del taller manufacturero y la fábrica.

---

<sup>7</sup> Véase la compilación realizada por Kotz, Mc Donough y Reich (1994).

Apoyándose en abundante documentación histórica, Marglin muestra que la división jerárquica del trabajo aumentó sustancialmente las ganancias de los capitalistas no por su mayor eficiencia técnica sino haber facilitado un aumento en el grado de explotación (plusvalía absoluta)<sup>8</sup>. Una vez logrado el “disciplinamiento” de la fuerza de trabajo en el taller manufacturero, el progreso técnico se orientó a hacia la invención de maquinarias que lo reforzaron: “No fue la máquina de vapor la que nos dio al capitalista sino el capitalista quien nos dio la máquina de vapor” (p. 104). El proceso de “disciplinamiento” fue gradual y resultó de una lucha política de los capitalistas que llevó varios siglos y que incluyó los *enclosures*, la desregulación de los mercados (es decir la desprotección de los productores directos), y la creación de monopolios para los inventores (patentes) entre otras medidas. En otras palabras, primero cambiaron las relaciones de producción y luego las fuerzas productivas.

La convivencia de una visión contingente con una visión determinista en Marx, corresponde, en nuestra opinión, con lo que Marshall Sahlins (1988) denomina los “momentos culturales y naturales en la teoría materialista” (pp. 132-142). Sahlins (pp. 161-162) recupera en este sentido el contraste observado por Habermas en Conocimiento e interés, entre la singular atención que Marx le presta a las fuerzas productivas en los textos filosóficos, en comparación con la consideración que reciben las relaciones de producción en sus investigaciones históricas, por ejemplo, El Capital.

El naturalismo determinista lleva al economicismo, tanto en su versión neoliberal como en su versión marxista. Esto es reconocido y ... ¡defendido! por el crítico cultural marxista Fredric Jameson (2003). En sus palabras: “... que el marxismo carece de toda reflexión política autónoma propiamente dicha, ... , parece más bien una fuerza que una debilidad. ... el pensamiento político en el marxismo, ... , tiene que ver exclusivamente con la organización económica de la sociedad ... . ... tenemos nuestros homólogos entre los pensadores burgueses, ... , los neoliberales y la gente del mercado: también para ellos la filosofía política carece de valor ... . En efecto, afirmaré que tenemos mucho en común con los neoliberales; ...” (p. 314).

En el mismo texto, Jameson pondera el “enfoque admirablemente totalizador” (p. 316) de Gary Becker, uno de los más prominentes exponentes del neoliberalismo. Al evaluar el análisis económico del matrimonio y la familia formulado por Becker, Jameson admite que le parece “... aceptable, y que aporta una perspectiva absolutamente realista y sensata, no sólo de *este* mundo humano sino de *todos*, incluso si nos remontamos a los primeros homínidos.” (p. 317). El naturalismo determinista común a ambos es evidente. Luego de encontrar similitudes entre Becker y Marx por el énfasis del primero en la asignación del tiempo, Jameson pondera la afinidad de la racionalidad instrumental que Becker le atribuye a la conducta humana, con gran parte de la filosofía contemporánea, llegando a asimilarlo con ... ¡Sartre! (p. 317-318). Jameson parece olvidar la crítica que Marx y Engels formularon en la Ideología Alemana<sup>9</sup> al pionero del utilitarismo individualista que aplica Becker, es decir, Jeremy Bentham. Además, Becker y Jameson confunden economía con racionalidad instrumental o, en palabras de Karl Polanyi, los

---

<sup>8</sup> Un punto crucial de la crítica de Marglin consiste en interpretar el proceso de creciente división de tareas impuesta por el *putter-utter* como una fuerte restricción a la competencia dirigida a reforzar su poder como intermediario entre los productores directos y el mercado consumidor. De esta manera, fracasa el llamado Primer Teorema de la Economía del Bienestar y no puede argumentarse que el equilibrio de mercado sea eficiente.

<sup>9</sup> Citado por Sergio Bagú (1999, p. 180).

significados formal y sustantivo de económico. Para una crítica contundente sobre estas confusiones véase Polanyi (1957) y Maurice Godelier (1974, p. 13-14).

Sahlins (1988) encuentra una matriz común entre el utilitarismo individualista y el materialismo determinista de muchos marxistas y, en ocasiones, el propio Marx: la naturalización de las necesidades humanas que se convierten en la fuerza motriz de la evolución económica y social (pp. 162-165). Las necesidades objetivas conducirían entonces a la aplicación de la razón instrumental (o la razón práctica como la llama Sahlins) al desarrollo de las fuerzas productivas, de donde arrancarían todo lo demás. Que unos enfatizen la racionalidad individual y otros la racionalidad de clase o de la sociedad, es secundario. Lo que ambos enfoques ignoran es la dimensión cultural y simbólica de las sociedades que moldea a las necesidades humanas. Esta última idea aparece en ocasiones en Marx, pero la primera, es decir, la naturalización de las necesidades, parece predominar.

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2004) critican al paradigma economicista subyacente a las teorías marxistas de la hegemonía, que sólo sería válido bajo los siguientes condiciones: (1) las leyes de movimiento del nivel económico “deben ser estrictamente endógenas y excluir toda indeterminación resultante de las intervenciones externas (políticas, por ejemplo, ...)”; (2) “la unidad y homogeneidad de los agentes sociales constituidos al nivel económico debe resultar de las propias leyes de movimiento de ese nivel ...”; (3) “la posición de estos agentes en las relaciones de producción debe dotarlos de ‘intereses históricos’; es decir que la presencia de dichos agentes a otros niveles sociales deber explicada partir de intereses económicos.”(pp. 112-113). La crítica de Laclau y Mouffe se dirige explícitamente contra una visión naturalista de la economía y consiste en “mostrar ... que el espacio mismo de la economía se estructura como espacio político ...” (p. 113). Sin embargo, esta última idea tiene un antecedente fundamental en un pensador no reconocido por estos autores, que revisaremos a continuación: Karl Polanyi.

### Polanyi y las ficciones del mercado autorregulado

En La Gran Transformación (1957), Polanyi considera que el capitalismo, o para usar sus palabras, el “sistema de mercado autorregulado”, marcó una ruptura en la historia de la humanidad. En las sociedades precapitalistas, lo económico, entendido como la producción de la vida material, había estado sumergido, enraizado (*embedded*) en el tejido más amplio de la sociedad y regulado por instituciones que eran a la vez sociales, políticas y religiosas. Las formas predominantes de integración social eran los principios de reciprocidad y redistribución. Los mercados existían pero ocupaban, en general, un papel secundario y subordinado. Con el capitalismo surge el sistema de mercados autorregulados que implica no sólo una separación y autonomización institucional de lo económico, es decir, el surgimiento de una economía desenraizada (*disembedded economy*), sino también su hegemonía sobre las otras instituciones de la sociedad. Esta es la discontinuidad que marca Polanyi.

¿Cuáles fueron las condiciones del surgimiento del “sistema de mercado autorregulado”? Tal sistema exige una mercantilización creciente de la sociedad que culmina con la constitución de lo que Polanyi llama acertadamente las mercancías “ficticias”: el trabajo, la naturaleza y el dinero. ¿Por qué ficticias? ¿Acaso no existen los

mercados de trabajo, de tierras o de dinero? Polanyi define la mercancía como aquel bien que se **produce** para el mercado. Esta es la clave. Ninguno de estos bienes es **producido** para su venta. “La descripción mercantil del trabajo, la tierra y el dinero es totalmente ficticia” (p. 72).

El proceso histórico-político que creó las mercancías ficticias llevó varios siglos y sufrió avances y retrocesos. Un relato minucioso del mismo y de reacciones que generó aparece en la Parte 2 de La Gran Transformación, “Auge y caída de la economía de mercado” y en las “Notas sobre las fuentes”. Para nuestros fines basta con decir que los cercamientos (*enclosures*), la reforma de las leyes de pobres y el establecimiento del patrón oro, no estaban inscritos en ninguna ley histórica.

¿Cuáles fueron las implicancias de la operación del sistema de mercados autorregulados? “Permitir que el mecanismo de mercado sea el único director del destino de los seres humanos y su ambiente natural, en realidad, aún del monto y uso de poder de compra [dinero], resultaría en la demolición de la sociedad. Porque la supuesta mercancía “fuerza de trabajo” no puede ser zarandeada, utilizada indiscriminadamente, o siquiera permanecer no utilizada, sin afectar también al individuo humano que resulta ser el portador de esta peculiar mercancía. Al disponer de la fuerza de trabajo del hombre, dispondría, incidentalmente, de la entidad física, psicológica y moral del hombre que va adherida a aquella. Despojado de la cobertura protectora de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían por los efectos del desamparo social; morirían víctimas de una aguda dislocación social a través del vicio, la perversión, el crimen y la inanición. La naturaleza se vería reducida a sus elementos, se profanarían los barrios y paisajes, se contaminarían los ríos, se pondría en peligro la seguridad militar, se destruiría la capacidad producir alimentos y materias primas. Finalmente, la administración de mercado del poder adquisitivo liquidaría periódicamente las empresas, puesto que las penurias y excesos de dinero probarían ser tan desastrosos para los negocios como las inundaciones y sequías en la sociedad primitiva. Sin lugar a dudas, el trabajo, la tierra y los mercados de dinero *son* esenciales para una economía de mercado. Pero ninguna sociedad podría tolerar los efectos de tal sistema de toscas ficciones ni siquiera por el período más breve de tiempo a menos que su sustancia humana y natural tanto como su organización económica estuviera protegida de la destrucción de la fábrica satánica.” (p. 73).

De manera esclarecedora, Polanyi compara la catástrofe social sufrida por las clases más pobres en la Gran Bretaña de las primeras décadas del siglo XIX con la destrucción de las culturas aborígenes por el impacto del colonialismo europeo de fines del mismo siglo y comienzos del siglo XX, tal como fue registrado por diversos antropólogos. El problema principal no es tanto el deterioro de los ingresos reales sino la destrucción de las formas de vida y la degradación cultural (pp. 157-160). La analogía ayuda a entender la emergencia de los movimientos de oposición al mercado que demandan la protección de la sociedad, configurando lo que Polanyi denomina como el “doble movimiento”, que empieza a cobrar fuerza de 1870 en adelante.

El énfasis en las consecuencias culturales del sistema de mercado autorregulado y de las reacciones que genera en términos de movimientos sociales y reformas políticas, es coherente con una visión no economicista del cambio social. De hecho, Polanyi critica en el capítulo 13, tanto a los liberales como a los marxistas por adherir a una teoría estrecha de las clases que explica los cambios políticos por los intereses económicos de

estas. “Los meros intereses de clase no pueden ofrecer, entonces, una explicación satisfactoria de ningún proceso social de largo plazo. En primer lugar, porque el proceso en cuestión puede decidir acerca de la existencia de la clases misma; en segundo lugar, porque los intereses de clases dadas sólo determinan los objetivos y propósitos por los cuales aquellas clases pelean, pero no el éxito o fracaso de tales empresas. No hay magia en los intereses de clase que asegure a los miembros de una clase el apoyo de los miembros de otras clases.”

[...]

“En segundo lugar, existe la doctrina igualmente equivocada de la naturaleza esencialmente económica de los intereses de clase. Aunque la sociedad humana está naturalmente condicionada por factores económicos, los motivos de los individuos humanos están sólo excepcionalmente determinados por las necesidades de satisfacción de las necesidades materiales. ...”

“Las cuestiones puramente económicas tales como las que afectan a la satisfacción de necesidades son incomparablemente menos relevantes para el comportamiento de clase que las cuestiones de reconocimiento social. La satisfacción de necesidades podría ser, por supuesto, el resultado de tal reconocimiento, especialmente, como su signo exterior o premio. Pero los intereses de clase más directamente se refieren a la posición, el rango, el status y la seguridad, es decir, no son primariamente económicos sino sociales.” (p. 153).

Estas consideraciones se anticiparon notablemente a las críticas de Laclau y Mouffe de las tres condiciones del esencialismo económico. La crítica de Laclau y Mouffe a la constitución de las clases sociales fundamentales en el nivel económico, se centra en refutar el papel supuestamente capital de la ley general de desarrollo de las fuerzas productivas. A partir de esta ley sería “posible concebir a la economía como una mecánica de la sociedad, que actúa sobre los fenómenos objetivos independientemente de la acción de los hombres. Ahora bien, ... para esto el marxismo debió recurrir a una ficción: el considerar a la fuerza de trabajo como una mercancía.” (p. 114). La afinidad con Polanyi es evidente, pero la fuente de Laclau y Mouffe es un artículo de Bowles y Gintis (1980). La mercancía fuerza de trabajo no es una mercancía como las otras ya que “no es suficiente para el capitalista comprar la fuerza de trabajo; le es preciso además hacerla producir trabajo. Éste es un aspecto esencial que escapa a la concepción de la fuerza de trabajo como mercancía, cuyo valor de uso sería el trabajo.

[...]

Una gran parte de la organización capitalista del trabajo es sólo inteligible a partir de la necesidad de extraer trabajo de la fuerza de trabajo que el capitalista ha comprado. ... esto pone en cuestión, ... , la idea del desarrollo de las fuerzas productivas como un desarrollo natural, espontáneamente progresivo.” (Laclau y Mouffe, pp. 114-115).

Sin embargo, dada la singularidad de la mercancía fuerza de trabajo, la indeterminación de su valor de uso estará inevitablemente asociada con la indeterminación de su valor de cambio, o su valor, a secas. Si el trabajo que los capitalistas pudieran extraer fuera menor (valor de uso), el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir las mercancías que permitirían reproducir la fuerza de trabajo sería mayor (valor).

La idea de la indeterminación económica del valor de la fuerza de trabajo está claramente presente en Marx. En el capítulo VI de El Capital, “La compra y venta de fuerza de trabajo”, se establece que el valor de la fuerza de trabajo no está meramente

determinado por el valor de los medios de subsistencia definidos en términos fisiológicos, ya que incluye un “elemento histórico y moral”. Valdría la pena recordar que esta idea ya estaba en los economistas clásicos. Procederemos entonces a reexaminar las consecuencias del fetichismo de la mercancía.

### Fetichismo y ficciones en Marx

En la conocida sección cuarta del primer capítulo del primer tomo de El Capital, “El fetichismo de la mercancía y su secreto”, Marx alude a la operación por la cuál los objetos pertenecientes al mundo mercantil y al religioso, aparecen dotados de “vida propia”, autonomizados respecto a su origen humano, cuestión que aparece con nitidez cuando se contrasta la sociedad capitalista con las precapitalistas. En el caso de las mercancías, el fetichismo resulta de la mediatización del “trabajo social global” por el intercambio. En la medida que las relaciones de intercambio alcanzan cierta “estabilidad”, consagrada por su práctica habitual, estas aparecen como propiedades de los objetos–mercancías: “Hay ahí una relación social definida entre hombres, que asume, en sus ojos, la forma fantástica de una relación entre cosas.” esta suerte de conversión no sólo actúa en el nivel de los actores del proceso mercantil, sino que también impacta en la Economía Política, tanto científica como la “vulgar”, en particular cuando trata del capital.

Un punto importante es que, a nuestro juicio, aquella “forma fantástica” se aplica a la fuerza de trabajo: “Lo característico de la era capitalista es que en los ojos del trabajador mismo, la fuerza de trabajo asume la forma de una mercancía que le pertenece. Por otro lado, es sólo en este momento que la forma mercancía de los productos del trabajo se vuelve general” Nuestra interpretación es que el fetichismo de la mercancía supone la ya “forma fantástica”, es decir “ficticia”, de la fuerza de trabajo como mercancía. Reconocemos, sin embargo, que no esta no es una interpretación unánime. Una implicancia fundamental del fetichismo es la insustancialidad del valor. Esto está implícito en el “elemento histórico y moral” del valor de la fuerza de trabajo y constituye la mejor crítica contra cualquier “ley de bronce de los salarios”.

La inversión fetichista adquiere su forma acabada -su opacidad plena-, con los precios monetarios. Sin embargo, Marx no parece desarrollar todas las implicancias de este concepto al caer en la trampa del valor como sustancia, privilegiando el dinero mercancía respecto al dinero signo.<sup>10</sup> En este punto encontramos una diferencia sustancial con Polanyi y Keynes. La caracterización polanyiana del dinero como mercancía ficticia se aplica a la concepción del mismo como mercancía especializada, en particular, al patrón oro. Más adelante mostraremos que la concepción de Keynes del dinero es similar a la de Polanyi.

---

<sup>10</sup> “En este sentido toda mercancía sería un signo, porque en cuanto valor es sólo envoltura objetiva del trabajo humano empleado en ella”, comenta Marx, criticando a los que confunden al dinero con un mero signo. “Al igual que todas las mercancías, el dinero sólo puede expresar su propia magnitud de valor relativamente, en otras mercancías”, agrega. Esta es claramente su postura en el tomo I. Quedaría por dilucidar si las matizaciones del tomo III implican un cambio sustantivo de posición.



Siguiendo el análisis de Marx, el valor de uso de una mercancía actúa como *signo* del valor, pues este no tiene modo de existencia sino en su representación. Una mercancía erigida en equivalente general no puede usar su ‘valor’ para representar valor: su función de representación termina por tragarse al objeto y sus propiedades.<sup>11</sup> Más precisamente, el valor (de cambio) es una virtualidad que se genera en la medida que ya existe la institución social – el mercado – en donde podrá desplegarse. El valor es algo que ‘habrá sido’ pero que todavía no es – un ‘futuro anticipado’ –,<sup>12</sup> de modo que su representación no puede ser efectuada como imitación o traducción de una ‘sustancia’ presente aunque invisible (i.e. el tiempo de trabajo ‘efectivamente insumido’ en un objeto particular). Estamos frente a una falta constitutiva, a un objeto que, como en Kant, se muestra a través de la imposibilidad de su representación adecuada.<sup>13</sup> Por lo tanto, el dinero no representa ‘algo’, sino la ausencia o imposibilidad de la representación mimética. Puesto que la mercancía supone al mercado, el dinero se convierte en un espejo donde se refleja la virtualidad del valor, actuando por lugartenencia, por delegación de la institución mercantil – ‘la sociedad’ –, como condición de posibilidad del cálculo, cuestión que importa también para el suministro del ‘medio de cambio’ / ‘poder de compra’ en cantidades adecuadas para que el mercado haga su trabajo.<sup>14</sup> En estos términos, surgido de la *lógica* mercantil, el dinero invierte el movimiento, pasando a representar este “incorpóreo” institucional –social que le permite *convertir* en mercancía a cualquier objeto, como sucede con el Estado y la persona ficticia en Hobbes. Por lo tanto, utilizando la fórmula kantiana del juicio indefinido, “el dinero es una no–mercancía”: al mismo tiempo exterior e inherente al mercado.<sup>15</sup>

Parafraseando a Marx, si el valor no lleva escrito en la frente lo que es, tratándose de un producto social *a igual título que el lenguaje*, el dinero termina siendo un significante vacío, y participa por tanto, de la ‘legalidad de la palabra’: no obstante la afinidad de la obligación que supone la ley no escrita del “don” y una obligación que surge de una ley escrita (el dinero como ley positiva) no es que una es la forma primitiva de la otra, sino que *ambas necesitan como referencia la “buena fe” que la palabra supone*. Nadie puede renegar de la regla sin sustraerse de la comunidad. El dinero es lo que permite al mercado significarse a sí mismo como totalidad, para lo cual anuda y separa aquello de lo social que la relación mercantil expresa, con su dimensión externa: la representación política, el soberano, el estado.<sup>16</sup> Como lo señalara Sahlins, el don ocupa el lugar del Estado hobbesiano, es el análogo primitivo del ‘contrato social’: el intercambio de bienes/dones en tanto forma de contrato político. El espíritu que lo posee (el ‘hau’ como ‘feracidad’ de la sociedad y la naturaleza) denota que se trata de una sociedad en donde los distintos dominios – económico, religioso, político, social – están entremezclados en

---

<sup>11</sup> Lo mismo sucede con la ideología: “...este objeto particular que en cierto momento asume la función de encarnar el cierre de un horizonte ideológico, será deformado como resultado de esta función encarnante”. E. Laclau, *Misticismo, retórica y política*, FCE, Bs.As. 2002, Pág. 20. En nuestro caso, la deformación lleva a una mutación: de dinero -mercancía a dinero –signo.

<sup>12</sup> Futuro anterior, en la denominación de Lacan. Asimismo, esto se articula con el significado que le da Polanyi a la mercancía: es lo que se produce para el mercado.

<sup>13</sup> Ver E. Laclau, *Emancipación...*, Pág. 74.

<sup>14</sup> Elucidar estas cuestiones, es tarea de la teoría del valor. Digamos de paso, que el dinero como institución, cuestiona la pretendida antelación de los micro -fundamentos: el dinero es directamente una dimensión macroeconómica.

<sup>15</sup> Para una utilización similar del juicio indefinido, ver S. Žižek, *Violencia en acto*, Paidós, Buenos Aires, 2004, Pág. 17 y J. Copjec, *El sexo y la eutanasia de la razón*, Paidós, Bs.As., 2006, Pág. 48.

<sup>16</sup> A esto apunta el trabajo de K. Hart, *Heads or tails? Two sides of the coin*, (The Malinowski Memorial Lecture, 1986. MAN (N.S.) 21 (4) :637.56).

cada actividad y organizados del mismo modo.<sup>17</sup> Por el contrario, el dinero es una institución política especializada que no obstante es, como el don, un “fenómeno social total” (Mauss). Estas implicancias hacen del dinero terreno fértil para que se despliegue el fetichismo, que Keynes puso en evidencia en “*A Treatise on Money*”. Allí, recurre a Freud para apoyar su percepción de que el oro simboliza cuestiones “extraeconómicas”, destacando al mismo tiempo que el ‘patrón oro’ ha devenido parte de la doctrina del conservadurismo: este sostiene como argumento fundamental que el patrón oro limita la discreción, “engrillando” la acción independiente del gobierno.<sup>18</sup> Dicho de otro modo, encontramos aquí una vinculación entre el fetichismo y la separación economía/política, lo que indica que se trata de una operación ideológica, de lucha política. La Convertibilidad (también el Euro), se sustentan en el mismo tipo de doctrina que el patrón oro, de manera que el objeto al que el fetichismo alude, no requiere que sea ‘material’ como el oro, sino que vele toda conexión con la sociedad y los sujetos: este es el “brillo” que investía al oro con sus capacidades monetarias (‘el brillo en la nariz’ freudiano<sup>19</sup>), que ahora se muestra en su verdadera naturaleza.<sup>20</sup>

En tanto naturalización de la esfera económica, el fetichismo es un efecto de sentido, de la forma en que se estructura el “fenómeno social total”. En el feudalismo, el Amo está fetichizado, es objeto de veneración, como si poseyera una propiedad natural o positiva que lo hace Amo. En el capitalismo, son las mercancías y, en particular, el dinero el que funciona como fetiche, de modo que no sólo las relaciones de dominio se *reprimen*, metaforizándolas como relaciones mercantiles entre equivalentes, sino que afecta también a la escisión entre valor de uso y de cambio.<sup>21</sup> Recordemos que para Marx, el carácter de las necesidades que satisface el valor de uso, “el que broten por ejemplo del estómago o de la fantasía, no interesa en lo más mínimo para estos efectos. Ni interesa tampoco “...cómo ese objeto satisface las necesidades humanas...”. Asimismo, en la nota N° 2 intercalada en ese párrafo, se cita: “La mayoría (de las cosas) tiene un valor por el hecho de satisfacer las necesidades del espíritu”. De modo que se no trata del modelo biológico, sino que remite a una cuestión cultural, donde la matriz necesidad –satisfacción es maleable y puede abarcar múltiples modalidades. Por otro lado, la circulación capitalista funciona como una suerte de “pulsión” que no busca otra cosa que satisfacerse a sí misma en su repetición infinita. Sin embargo, esto nada tiene que ver con una relación de causalidad entre lo económico y lo no –económico; tampoco implica preeminencia de aquel respecto de este y menos aún reproduce una ley científica que impone su necesidad: *nada hay allí que indique que esto se haga por sí mismo*, por lo que no se podría lograr sin que la sociedad se disponga para ello. Es decir, deberíamos hablar de *sociedad capitalista* en los términos en que Polanyi se refiere a sociedad de mercado.<sup>22</sup> Por lo tanto, este circuito describe un funcionamiento que implica un cambio en el carácter de los vínculos sociales y, en este sentido, cuando este movimiento se impone, no refiere exclusivamente a una ‘acumulación sin límites’:

---

<sup>17</sup> La transferencia de cosas que en cierto grado son personas, y de personas que en cierto grado son tratadas como cosas, resulta ser el consentimiento (consenso) que está en la base de una sociedad organizada. M. Sahlins, *Stone Age Economics*, .... Pág. 169.

<sup>18</sup> J.M. Keynes, *A treatise on Money*, Cap 35. Págs. 290 y 299. En el primer pie de página cita a Ernest Jones, quien en 1917 habla de “actitud supersticiosa” de los gobernantes, y “profetiza” los sacrificios que va a implicar el esfuerzo de Inglaterra por reintroducir el oro como moneda.

<sup>19</sup> S. Freud, *Fetichismo*, Obras Completas,

<sup>20</sup> Para un análisis del fundamento teórico de La Convertibilidad y el Euro (Barro y Gordon), ver Saúl Keifman, *Sobre la Economía Política de la Política Monetaria*

<sup>21</sup> S. Zizek, *El sublime objeto de la ideología*, ..., Págs. 52 /3.

<sup>22</sup> Karl Polanyi, “The great transformation”, Rinehart & Compañy. Inc. New York, 1957, pág. 71.

también se refleja en el consumo a través de los “valores” que este conlleva en su carácter de signo, de diferencia cuantitativa en tanto gasto, del modo en que también el consumo se convierte en una “pasión, un juego fascinante”.<sup>23</sup> Así es como el valor de uso está contaminado y dominado por el valor de cambio: la autonomía de lo económico se efectúa cuando el dinero es consagrado por la sociedad como el “valor” fundamental. Ya no sólo se consume vivienda, transporte, educación, etc., sino una ‘posición’ que esos bienes otorgan en función de su precio, al tiempo que puede implicar un “negocio” que a su vez forma parte de esa posición...<sup>24</sup> El dinero es lo que homogeniza en tanto pertenencia al mercado, pero diferencia como cantidad. Podríamos aventurar incluso que la cuestión de la “determinación en última instancia” sólo es aplicable al capitalismo, en la medida que se la piense como efecto de la política o, más precisamente, de la lucha política.

En este sentido, los conceptos de ‘fenómeno social total’ en Mauss, o “embedded” en Polanyi deben entenderse como operadores teóricos para el abordaje de las sociedades arcaicas, con el propósito de dilucidar interrogantes planteados desde la atalaya de nuestra sociedad, de manera tal que las instituciones indiscernibles de allá, son pensadas desde y para *mostrar* las coordenadas económico –político – sociales de aquí, lo que hace indiscernible una dirección causal determinista entre una infra y una superestructura. La mirada antropológica de Mauss y Polanyi es ya un cuestionamiento al “homo economicus” y a la “utopía liberal” como construcciones político –ideológicas históricamente situadas.

### Keynes y la repolitización de lo económico

Sería exagerado decir que John Maynard Keynes haya inventado la política económica. Sin embargo, no cabe duda de que el salto cualitativo de la misma operado a partir de la década del treinta le debe mucho a la visión del pensador inglés. En estos tiempos de crisis del neoliberalismo y fracasos de las experiencias del “socialismo real”, es una obligación reexaminar el pensamiento de Keynes. Su crítica al fallido intento de reimplantar en la década del veinte el liberalismo económico global que había florecido en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, es altamente pertinente para entender los problemas de la globalización neoliberal y, en especial, de las aporías de la Convertibilidad argentina que intentara remedar la ideología del patrón oro.

Su visión del capitalismo comprendía el papel de las ficciones en que se apoya aquel. En Las consecuencias económicas de la paz, Keynes (1919) advierte sobre las desastrosas consecuencias de las condiciones impuestas por el Tratado de Versalles sobre las potencias vencidas. El capítulo “Europa antes de la guerra” del mismo libro, analiza el proceso de acumulación de capital sin precedentes que antecedió a la Primera Guerra Mundial. Según Keynes, Europa estaba organizada de manera de asegurar el máximo de acumulación de capital. Si bien hubo alguna mejora de las condiciones de

---

<sup>23</sup> Jean Baudrillard, *Crítica de la economía política del signo*, Ed. SXXI, México, 1995, págs. 122 y 123. Respecto de A. Smith, ver op. cit., la introducción de E.G. West. Una referencia interesante es la de M. Fridman and L.J.Savage, “The Utility Analysis of Choices Involving Risk”, *The Journal of Political Economy*, Vol. LVI, Nº 4, august 1948, en donde la coexistencia de convexidades y ‘no convexidades’ en la función de preferencias se explica por cuestiones de ‘identificación’ (de clase), prefigurando incluso el análisis reciente de Kahneman.: “Men will and do take great risk to distinguish themselves...”; pág. 299.

<sup>24</sup> Este efecto es un clásico en las propiedades inmobiliarias. Por otra parte, en el capitalismo cualquier actividad posee un aspecto de “negocio virtual”.

vida de las masas de la población, la sociedad estaba estructurada de tal manera que la mayor parte del aumento del ingreso fluía a la clase con menos chances de consumirlo. La desigualdad en la distribución de la riqueza hizo posible la vasta acumulación de capital de este período, la cual se convirtió en la principal justificación del sistema capitalista.

El crecimiento de este notable sistema, continúa Keynes, dependía de un doble engaño. Por un lado, las clases trabajadoras aceptaban, sea por ignorancia, impotencia, la fuerza de la costumbre, o el orden bien establecido de la sociedad, una situación en la cual recibían una pequeña parte de la riqueza que producían. Por el otro lado, a las clases capitalistas se les permitía llevarse la mejor parte de la torta y, teóricamente consumirla libremente, bajo la tácita condición de que consumieran muy poco en la práctica. El deber de ahorrar se convirtió en nueve décimos de la virtud y el crecimiento de la torta y el crecimiento de la torta en el objeto de la verdadera religión. La expectativa compartida era que algún día habría suficiente para repartir y entonces terminarían el exceso de trabajo, el hacinamiento y la insuficiente alimentación. Finalmente, la riqueza fue consumida por la guerra, la consumidora de todas las esperanzas. Ya en 1919, señala Keynes que el principio de acumulación basada en la desigualdad, prevaleciente antes de la Primera Guerra Mundial, había dependido de condiciones psicológicas inestables que sería imposible recrear.

En la década del veinte Keynes se enfrenta a los problemas causados por las deudas de guerra, las inflaciones asociadas a estas y la cuestión del retorno al patrón oro. Los problemas de inflacionarios generan presiones para volver al patrón oro, en varios europeos aparecen y, en algunos casos (Gran Bretaña), a las paridades previas a la guerra, lo cual implicaba deflación. La similitud de los problemas de los países europeos en los años veinte y la de los países latinoamericanos en las décadas del ochenta y noventa, es notable. Keynes se opone al retorno al patrón oro ya que su rigidez asegura la estabilidad de los tipos de cambio, pero no la de los precios (1923). Además, explicaba que la deflación implicada por el retorno a la paridad de preguerra tendría graves consecuencias sobre la distribución del ingreso por elevar la carga real de la deuda pública, y sobre el nivel de actividad económico por el perjuicio que ocasionaría a los productores por su condición general de deudores (1923, 1925).

Ya en (1926) proclamaba “El fin del laissez-faire” y proponía, además del control deliberado de la moneda y el crédito por una institución central, y medidas de administración del volumen y distribución del ahorro nacional a fin de canalizarlo hacia los destinos más productivos.

Por supuesto, la formulación más completa de su visión de los problemas del capitalismo y de sus planes de reforma aparece en La Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero (1936), escrita en medio de la Gran Depresión. No pretendemos resumir una obra tan rica en las pocas páginas que nos quedan. Señalaremos aquellos puntos que consideramos más pertinentes para los temas de esta ponencia. Volvamos a la cuestión del dinero. En el capítulo 17, sección III, “Propiedades del interés y el dinero”, Keynes explica con claridad por qué el dinero es una mercancía ficticia, aún bajo un régimen de patrón oro.

La primera razón es que la elasticidad de producción del dinero es nula o despreciable; es decir, el trabajo (prácticamente) no puede producir dinero. Si fuera posible, las

depresiones podrían evitarse o al menos mitigarse: al bajar el precio de las mercancías en términos de dinero, el trabajo se reasignaría al sector productor de dinero; en el patrón oro, la elasticidad sería positiva para un país productor de oro, pero a nivel mundial, el efecto sobre la oferta mundial de oro sería despreciable (en rigor, la supuesta “virtud” del oro como patrón monetario es su baja elasticidad de oferta) (p. 230-231).

La segunda razón es que elasticidad de sustitución del dinero es prácticamente nula; en otras palabras, cuando el valor de cambio del dinero aumenta no tiende a ser reemplazado por otros bienes cuya producción pueda aumentar con el trabajo. Es decir, la demanda de dinero no disminuye (p. 231).

Estas bajas o nulas inelasticidades de producción y sustitución del dinero tienen como contrapartida la rigidez a la baja de la tasa de interés monetaria, lo cual dificulta que las tasas de interés monetaria se ajuste a una caída en la eficiencia marginal del capital. Tal rigidez lleva a una caída en la inversión que conduce a una disminución de la demanda efectiva, causando presiones deflacionarias y recesivas.

Una observación reveladora es que la inelasticidad de la producción del dinero es compartida con otras fuentes de renta, como la tierra, por ejemplo (p. 231). De esta manera, Keynes asimila la tasa de interés a la renta del suelo, y la considera renta financiera. Las rentas son ingresos que exceden el costo de oportunidad de los recursos de propiedad de quienes las perciben. Las rentas suelen aumentar no porque los recursos que las generan hagan un aporte mayor a la producción sino porque su oferta no aumenta cuando se incrementa la oferta de los otros recursos con los cuales se combinan.<sup>25</sup> Esta asimilación de la tasa de interés con renta financiera implica una teoría monetaria de la tasa de interés<sup>26</sup> y una ruptura con las teorías que determinan la tasa de interés por fuerzas “reales” como la impaciencia subjetiva de los ahorristas, defendida por Marshall, o por la productividad marginal del capital como en “la tasa natural de interés” de Knut Wicksell (pp. 243-244).

Esta percepción del ahorrista como rentista improductivo se complementa con la visión negativa de los mercados financieros, expresada en el capítulo 12, donde los compara con un casino (p. 159). La volatilidad e ineficiencia de los mercados financieros agrava las consecuencias de la incertidumbre asociada a la inversión de largo plazo.

Tal vez lo más notable de las contribuciones de Keynes sea que no limitó a un análisis brillante de los problemas de funcionamiento del capitalismo liberal sino que siempre intervino en los debates proponiendo planes de reforma económica y social, que revelaban sus opciones éticas y políticas. Sus ideas y propuestas de reforma suenan audaces hoy mismo. Keynes se ubica claramente del lado de quienes no creen en las leyes de la historia sino más bien en la necesidad estimular la imaginación y la acción colectiva para experimentar nuevas formas de organización económica y social. El estado de bienestar y la economía mixta de los “dorados treinta” llevan su impronta. Su idea rectora era aprovechar el dinamismo de los mercados poniéndole un límite a los excesos del capital como la extrema desigualdad, el desempleo crónico y la

---

<sup>25</sup> Por esta razón, hay consenso en gravar las rentas ya que esto no afecta la asignación de recursos.

<sup>26</sup> Éste podría ser un punto de divergencia entre Marx y Keynes, coherente con sus diferentes concepciones del dinero. Según Suzanne de Brunhoff (1975), Marx no adhería a una teoría monetaria del interés (pp. 146-147).

especulación financiera. Sus propuestas de eutanasia gradual del rentista, control social de la inversión y redistribución progresiva de la riqueza (aún a costa de las ganancias de los empresarios) aún suenan revulsivas.

El keynesianismo funcionó por tres décadas con una relación de fuerzas caracterizada por niveles de democratización y participación política de los sectores populares que hoy día añoramos. Nos gustaría proponer la siguiente hipótesis de trabajo: el keynesianismo no se abandonó porque se hubiera agotado (en cumplimiento de alguna “ley histórica”) sino que fue derrotado políticamente por razones que habría que examinar y que no tal vez no sean irreversibles. En tal sentido, nos llama la atención el título de un libro de John Holloway (2004), Keynesianismo una ilusión peligrosa. Es notable que su rechazo a Chávez, Lula y Kirchner no se base en un análisis de sus propuestas y la viabilidad de las mismas en las condiciones económicas y políticas en que asumen y ejercen el poder. La impugnación *a priori* de estas experiencias que se autopostulan como alternativas al neoliberalismo se basa en la afirmación de que desde “el Estado” y bajo “el capitalismo” no hay alternativas; “no es posible construir un mundo mejor desde el Estado” (pp. 11-16). Hay dos palabras importantes que brillan por su ausencia en Holloway: democracia y política. El economicismo obtura la política. Si hay un sólo Estado, si sólo hay un capitalismo ¿para qué hacer política? ¿para qué participar en las elecciones y formular propuestas de cambio? Todo da igual. El capitalismo liberal del patrón oro es igual a Bretton Woods y este a la globalización de los noventa. ¿Hoover es igual a Roosevelt?, ¿Menem es igual Kirchner? ¿Rodríguez Zapatero es igual a Aznar? Para quienes nos preocupamos por el reino de este mundo, hay diferencia, y mucha.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bagú, Sergio (1999) Tiempo, realidad social y conocimiento, Siglo Veintiuno Editores, Méjico [1970].
- Bowles, Samuel (2004) Microeconomics. Behavior, Institutions and Evolution, Princeton University Press.
- Bowles, Samuel y Herbert Gintis (1980) “Structure and practice of the labor theory of value”, Review of Radical Political Economics, vol. 12, No. 4.
- Brenner, Robert (XXXX) XXXX.
- Brunhoff, Suzanne de (1975) Teoría marxista de la moneda, Ediciones Roca, Méjico.
- Cohen, Gerard Allen (1978) Karl Marx’s Theory of History, Princeton University Press.
- Dawkins, Richard (1993) El gen egoísta, Salvat Editores [1976].
- Dupré, John (2006) El legado de Darwin. Qué significa hoy la evolución, Katz Editores.
- Herrnstein, Richard y Charles Murray (1994) The bell curve: intelligence and class structure in American life, Simon & Schuster.
- Fogel, Robert y Stanley Engerman (1974) Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery, Little, Brown.
- Godelier, Maurice (1974) Racionalidad e irracionalidad en economía, Siglo XXI editores, Méjico.
- Holloway, John (2004) Keynesianismo una ilusión peligrosa, Ediciones Herramienta.
- Jameson, Fredric (2003) “La posmodernidad y el mercado”, en Slavoj Žižek (comp.) Ideología. Un mapa de la cuestión, Fondo de Cultura Económica [1994].
- Keynes, John Maynard (1936) The General Theory of Employment Interest and Money, McMillan.
- \_\_\_\_\_ (1926) “The End of Laissez-Faire”.
- \_\_\_\_\_ (1925) “The Economic Consequences of Mr. Churchill”.
- \_\_\_\_\_ (1923) A Tract on Monetary Reform.
- \_\_\_\_\_ (1919) The Economic Consequences of the Peace.
- Kotz, David, Terrence McDonough y Michael Reich (1994) Social structures of accumulation, Cambridge University Press.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004) Hegemonía y estrategia socialista, Fondo de Cultura Económica [1985].
- Marglin, Stephen (1974) “What Do Bosses Do? The Origins and Functions of Hierarchy in Capitalist Production”, Review of Radical Political Economics, vol. 6, No. 2, verano.
- Mariátegui, José Carlos (1969) 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, Biblioteca Amauta, Lima [1928].
- Marx, Karl (1867) El Capital.
- \_\_\_\_\_ (1859) “Prólogo” a la Contribución a la crítica de la economía política.
- Mas-Colell, Andreu, Jerry Green y Michael Whinston (1995) Microeconomic Theory, Oxford University Press.
- North, Douglass (1981) Structure and Change in Economic History, Norton.
- Pinker, Steven (200X) La tabla rasa, XXXX.
- Polanyi, Karl (1957) “The Economy As Instituted Process”, en Karl Polanyi, Conrad Arensberg y Harry Pearson (comp.) Trade and Market in the Early Empires, The Free Press.
- Polanyi, Karl (1957) The Great Transformation, Rinehart [1944].
- Sahlins, Marshall (1988) Cultura y razón práctica, Gedisa.
- Sebrelli, Juan José (XXXX) Martínez Estrada: una rebelión inútil.